



EL HIJO DEL VERDUGO.

NUEVA RELACION, Y CURIOSO ROMANCE, EN QUE
se cuenta los sucesos de este mancebo, natural de la Ciudad de
Cordoba, el qual se pasó á los Reynos de las Indias, y
logró grandes fortunas como lo verá el cu-
rioso en ella.

PRIMERA PARTE.

A Tiendame el Auditorio,
mientras mi lengua declara
la mas peregrina historia,
que ha sucedido en España,
ni es fábula, ni mentira,
de un hombre, cuya desgracia
tuvo solo por ser hijo
de un padre de prendas bajas.
En Cordoba la famosa,
centro de Minerva, y Palas,
nació este gallardo joven,
por quien la historia se canta:
Dióle Dios entendimiento
tanto, que en él se hallaban
prendas de naturaleza,
sin quitarle à nadie nada,
si pensarlo que estos dones
les dá Dios con mano franca
à quien es su voluntad
que es iñfinita su gracia.
Nadie se admira, ni espante
de los troncos, ni las ramas,

que fuele un arbol inutil
dár un fruto de importancia,
como lo fue el contenido,
aunque el borron de la mancha
de los padres participa
los hijos sin tener culpa.
No obstante doraba el fruto
lo que el tronco desdoraba,
y con gran sagacidad,
reconociendo su falta,
que es parte de discrecion
conocerse en sí la tacha,
que no hay mas Executorias,
que obrar bien y aquesto basta.
Era afable y amoroso,
fino cuerpo, hermosa cara,
evidiad en su persona
por lo hermoso, y bizarra.
Apenas llegó a tener
edad de ceñir espada,
viendole tan infelice
de no poder empuñarla.

y que de él nadie hace caso,
no ignorante de la causa,
tuvo un día con tu Padre
unas pequeñas palabras,
donde en público le dixo,
que de su afrenta era causa;
y por si acaso algun día
alguno le baldonara,
de el Padre le quereillo,
y se ausentó de su casa.
A las Indias se embarcó,
donde su suegro lo llama,
llegó a la Ciudad de Lima,
y al cabo de una semana
vió una noche que unos hombres
a un Mercader lo robaban,
chocó con ellos brioso
a palos, y a cuchilladas,
haciendo que desamparen
la calle, hacienda, y la casa.
Al estruendo los vecinos,
y el Mercader dispetaban
agradecido de ver
esta fuerza tal alta,
con compungo le suplica,
ofrecierole su casa,
y su amistad, pues desea
en algo recompensarla.
Se despidió por ser tarde,
y a otro día de mañana
le fue a ver, dandole cuenta
lo loido que se hallaba,
sin arrimo en la Ciudad,
forastero en tierra estraña.
Entonces el Mercader
lo hizo dueño de su casa,
y viendo sus procederes,
con gran cariño le trata.
Pared en medio vivia
un Don Jacinto de Salas,
Caballero noble, y rico
del Orden de Calatrava,

el qual tenia una hija,
que es de todos celebrada
por lo ayrosa, y lo entendida,
y su hermosura estremada:
enamorada de el Mozo,
mano le ha dado, y palabra,
que se ha de casar con él,
aunque pese a quien pesara,
siendo el Mercader testigo
de todo quanto le passa.
Prosiguen en sus amores,
con sus papeles, y cartas,
y el amor no dió lugar,
que mucho tiempo passara.
Entrada le dió una noche
dentro en su quarto la Dama,
viendole el Padre, prudente,
fue donde la hija estubo
con gran recato y silencio,
y vió los dos en la cama.
Duda lo mismo que ve,
y antes de hablarle palabra
consideró como cuerdo
el deshonor de su casa,
y reportandole ha dicho
estas siguientes palabras:
Como tanto atrevimiento?
En las principales casas
se usa esta villanía?
El Mancebo se levanta,
y arrodillado le ha dicho:
El firme amor es la causa
de estos mis atrevimientos,
mira, Señor, y repara,
que en lo hecho no hai remedio
vuestro sagrado me valgas
sino vos sois el cuchillo,
yo la carne delicada,
cortá, Señor a tu gusto,
tu rigor sobre mi esiga.
A las voces lo Señora,
los criados, y criadas

acu-

acuden, y el Caballero
mandó que se retiraran,
y a el mancebo, y a la niña
los encierran en dos salas,
con cargo de juramento,
que si a su sangre no iguala,
sino remedio ha de matarlos,
antes de que lo afrentaran.
Sin dormir pasó la noche,
y luego por la mañana
fue en casa del Mercader,
por el mozo preguntaba,
brujuleando pelquisas,
como quien no sabe nada,
y el Mercader que no es lerdo
le ha dicho aquellas palabras:
Señor Don Jacinto, el mozo,
sin quitarle a nadie nada,
es tan bueno como el Rei,
y no desmerece nada;
es un primo hermano mio,
que se ha venido de España,
y es noble, que aqui le tengo
su Executoria guardada;
y no porque es dendo mio,
si usted lo experimentara,
vierta en él prendas de garvo,
y un hombre de confianza,
no tiene mas de un defecto,
que es ser pobre, y es la falta
mas comun que hay en el mundo,
pues de ella hacemos galas
pero en quanto a lo demás
nadie puede hablar palabra.
El Caballero responde:
Si esto que usted me declara
es verdad, quiero contar
como amigo lo que passa.
A deshoras de la noche
le encentré dentro en mi casa
conversando con mi hija,
y es una accion muy villana:

667

no sé lo que entre los dos
en este mysterio passa.
Reportaronme los Cielos,
entré el acero en la bayna:
consideré que en matarlos
el daño no temedias;
demás que él no tiene culpa,
sino es mi hija liviana,
que él no havia de arroxarse,
si ella no le diera entrada.
Supuesto que su fortuna
lo quiso así, y la desgracia
de mi hija ha sido aquesta,
con él intento casarla,
ya que no hay otro remedio,
contra mi gusto se haga.
El Mercader le responde:
Señor Don Jacinto bastas
mucho merece la niña,
él no merece nada,
obre usted como quien es,
veale la sangre hidalga.
Dispusieron las bodas,
y el tiempo todo lo acaba,
que es como dice el refran:
Bondades señales tapan.
Le dió ochenta mil ducados,
y muchas prendas, y alhajas,
Vivian con grande gusto,
agradeciendo las altas
finezas del Mercader,
como su amigo del alma
y a dos años de casado,
estando un día en la Plaza
como un Principe vestido,
que al Sol envidia le daba,
a él se llegó un mozouelo,
y de esta suerte le habla:
Fernando, que dicha es esta,
que por tu pertera passa?
Me alegro mucho de verte
tan portado en tierra estraña:
Don

Don Fernando le responde:
No sé lo que usted me habla,
usted me tiene por otro,
y es muy cierto que se engaña.
No me engañe (le responde)
ni te niegues, que en España
à tu padre, y à tu madre,
que son hijos de mi Patria,
conozco, y à tu persona,
Fernando en vano te extrañas.
y Don Fernando responde:
Si es que el secreto me guardas
yo lo sé; pero esta fortuna
Dios mà la tuvo guardada;
y supuesto que eres pobre,
yo te darè, si me tapas,
con que puedas adquirir
caudal, si te das la traza,
y estarás siempre obligado;
vente conmigo à mi casa,
Le recogió afible, y dió
cien pesos en oro y plata,
Ficé el mazo, lo y gastólos
en cosas d'ordenadas:
valvió à pedirle otro dia
con imperios, y amenazas
docientos pesos de pronto,
y que si no se los daba,
à su fuego le decía
del caso lo que ignoraba.
Don Fernando que esto escucha
metió la mano à la espada
para darle la respuesta,
mas él huyendo se escapa,
Fuè à el Caballero, y le cuenta
esta afrentosa desgracia
del empleo de su hija,

como estaba desposada
con el hijo del Verdugo
de Cordoba la nombrada.
Este que oyó el Caballero,
como toro herido brama,
escupiendo basiliscos,
quito à la hija matarla,
y jura que si lo coge,
que lo ha de hacer mil tajadas.
Recetoso de lo dicho
Don Fernando se ocultaba,
el Caballero le busca,
y viendo que no lo halla,
prendieron à el Mercader,
y la hacienda le quitaban,
con gran rigor le aprisionan
en un Castillo con Guardas.
Don Fernando con secreto
mandò à su esposa una carta,
dandole à entender por ella,
que quiere partirse à España,
y desatar tantas dudas
como se le acumulaban.
Y una noche con secreto
por una ventana baja
le dió su esposa la mano,
dineros, prendas, y alhajas,
y è con encarecimiento
à su esposa le rogaba,
que se entrasse en un Convento,
y que el secreto le encarga,
que confiaba en Jesus
volver con bien à su casa.
Pulsó à la Vera-Cruz,
y para España se embarca.
Y en otra segunda parte
se dirà lo que aqui falta.

Con Licencia:

En Cordoba en Casa de Don Juan de Medina.